

la asociación de ideas corresponde la asociación automática de las contracciones musculares; á la atención, la coordinación. Del mismo modo que en la ausencia de la atención no puede nacer ninguna idea razonable, así, con la falta de coordinación, no puede originarse ningún movimiento útil; al idiotismo del cerebro hay que asimilar la parálisis, á la obsesión y á la idea fija el tic de movimiento (estremecimiento involuntario); las bromas del imbécil son como estocadas al aire; las ideas y los juicios de los cerebros sanos como una esgrima cuidadosamente calculada en vista de la defensa y del ataque. El misticismo halla su imagen en los movimientos sin objeto y sin fuerza, con frecuencia sencillamente esbozados, del temblor senil y paralítico, y el éxtasis constituye con relación á un centro cerebral el mismo estado que un espasmo tónico continuo y violento con relación á un músculo ó á un grupo de músculos.

II

LOS PRERAFaelITAS

El misticismo es el estado ordinario de los hombres, y en ningún modo una disposición extraordinaria de sus espíritus. Un cerebro vigoroso que elabora cada apercepción con plena claridad, una voluntad firme que para la atención, tan difícil de fijar, son dotes raras; para fantasear y soñar, para dejar vagabundear la imaginación caprichosa por los meandros de la asociación de ideas, es preciso un esfuerzo menor; y este estado de alma es, por esta razón, preferido con mucho al penoso trabajo de la observación y del juicio razonables. Así es como la conciencia de los hombres está llena por una multitud inmensa de sombras de pensamientos ambiguos, y por regla general, no ven muy claramente más que los fenómenos diariamente renovados de su vida personal la más estrecha, y entre éstos, ante todo los que son el objeto de sus necesidades inmediatas.

El lenguaje, este gran auxiliar del desarrollo del pensamiento humano, no es un beneficio que no tenga su lado malo; lleva á la conciencia de la mayor parte de los hombres incomparablemente más obscuridad que claridad; enriquece su memoria con sonidos, no con imágenes precisas de la realidad. La palabra, escrita ó hablada, excita un sentido, la vista ó el oído, y desprende una actividad del cerebro, es cierto; suscita siempre una apercepción, como una serie de notas musicales también la suscita; una palabra desconocida, una palabra estram-

bótica, un nombre propio, una tocata rascada en un violín, hacen pensar también, pero en algo indeterminado, ó absurdo, ó arbitrario. Es un trabajo absolutamente perdido querer dar á un individuo, por medio de la palabra, nuevas apercepciones y nociones y ensanchar el círculo de su conocimiento lúcido; la palabra no puede evocar nunca más que las representaciones que el individuo ya posee, y en último análisis, cada cual no trabaja sino con el fondo de apercepciones que ha adquirido por una observación personal atenta del mundo. No se puede sin embargo renunciar á las excitaciones que nos procura el lenguaje; el deseo de penetrar sin vacíos el conjunto del mundo fenomenal es irresistible, pero la posibilidad de apercepciones personales es restringida aun en el caso más favorable; lo que no hemos experimentado por nosotros mismos, hacemos que otros nos lo digan, los muertos y los vivos; la palabra ha de substituir para nosotros á las impresiones sensoriales inmediatas; es, en fin de cuentas, por sí misma también una impresión sensorial, y nuestra conciencia está acostumbrada á asimilar esta impresión á las demás, á conceder el mismo valor á la apercepción que suscita la palabra que á las apercepciones que hemos obtenido por la cooperación simultánea de todos los sentidos, por la inspección visual y el tacto de todas las cosas, el cambio de sitio y el alzamiento en peso, el examen por el oído y el olfato, del objeto mismo. Pero esta asimilación de valor es un vicio de razonamiento; es en todos los casos falsa, si la palabra ha de hacer más que evocar en la conciencia el recuerdo de una apercepción adquirida por una percepción propia, ó el de una noción compuesta de apercepciones semejantes. Todos cometemos, no obstante, esta falta de razonamiento; olvidamos que el lenguaje ha sido formado por la especie únicamente como medio de entenderse entre sí los individuos y de comunicación de emociones, que es una función social, no una fuente de conocimiento. En verdad, es más bien una fuente

de error, puesto que lo que el hombre sabe realmente no es lo que ha oído y leído y repite, sino tan sólo lo que directamente ha experimentado y atentamente observado, y cuando quiere emanciparse de los errores á que le conduce la palabra, no tiene otro medio sino el de aumentar su fondo de apercepciones plenamente válidas por medio de percepciones propias y de una observación atenta. Y como nunca es el hombre capaz de este esfuerzo sino hasta un cierto límite, cada cual está condenado á trabajar en su conciencia á la vez con apercepciones directas y con palabras. El edificio de ideas constituido con elementos de una solidez tan desigual recuerda esas iglesias góticas cuyos pedazos ruinosos embadurnaban en otros tiempos estúpidos albañiles con una cola de hollín y de queso, á la cual daban, con la ayuda del enyesado, la apariencia de la piedra; la fachada se presenta irreprochable á la vista, pero muchas partes de ella no resistirían ni un momento un choque vigoroso de la crítica.

Muchas interpretaciones erróneas de los fenómenos naturales, la mayor parte de las falsas hipótesis científicas, todas las religiones y los sistemas metafísicos se han originado así: y es que los hombres han entremezclado en sus ideas y en sus juicios, al lado de apercepciones emanadas de una percepción inmediata, otras apercepciones provocadas por palabras, á las cuales han concedido igual valor. Ó las palabras habían sido inventadas por místicos y no indicaban desde su origen sino el estado vertiginoso de un cerebro enfermo y débil, ó bien expresaban al principio una apercepción determinada y exacta; pero su sentido verdadero no se había nunca manifestado á los que las repetían y había sido arbitrariamente falseado por ellos, mal interpretado ó confundido.

La debilidad de espíritu innata ó adquirida y la ignorancia conducen al mismo objeto: el misticismo. El cerebro del ignorante elabora apercepciones nebulosas, porque está excitado no por el fenómeno mismo, sino sola-

mente por una palabra, y porque esta excitación no es bastante fuerte para impulsar á las células cerebrales á un trabajo más vigoroso; y el cerebro del agotado y del degenerado elabora apercepciones del mismo género, porque no es capaz de responder á una excitación con una actividad vigorosa. Así es como la ignorancia es una debilidad de espíritu artificial, y como, por lo contrario, la debilidad de espíritu es la inaptitud orgánica natural para el saber.

En una parte cualquiera de su horizonte intelectual, cada uno de nosotros es pues místico. De todos los fenómenos que no ha observado uno por sí mismo, se forma cada cual apercepciones vaporosas y vacilantes; pero se distinguirá sin embargo fácilmente al hombre sano del que merece la designación de místico; hay para juzgarlos á ambos un criterio seguro: el hombre sano es capaz de sacar de sus percepciones inmediatas apercepciones de contornos precisos y de penetrar sus verdaderas relaciones; el místico, por lo contrario, mezcla sus representaciones-fronterizas, ambiguas y brumosas, hasta con sus apercepciones inmediatas, que por ende son confusas y obscurecidas. El mismo labriego más supersticioso tiene apercepciones seguras de su trabajo del campo, de la alimentación de su ganado y de la vigilancia de su mojón; puede ser que crea en la bruja de la lluvia, porque no sabe cómo la lluvia se produce, pero no espera ni por un momento que los ángeles vengan á hacer en lugar suyo el trabajo de labranza; hace quizá que bendigan su campo, porque ignora las verdaderas condiciones de la prosperidad ó del menoscabo de su cosecha, pero á pesar de su confianza en un favor sobrenatural, no omitirá nunca hacer la siembra. En el místico propiamente dicho, por lo contrario, como lo incomprensible es lo informe, penetra é invade todas las apercepciones, aun las de su experiencia diaria; su falta de atención le hace incapaz de darse cuenta del verdadero encadenamiento de los fenómenos aun

los más simples y cuyas relaciones son las más fácilmente visibles, y le lleva á asignarlos como causa una de las apercepciones nebulosas imposibles de comprender que flotan y ondulan en su conciencia.

Esta característica del místico no se aplica tan por completo en la historia del arte y de la poesía de este siglo¹ á ningún otro grupo de hombres como á los autores y continuadores del «movimiento preraphaelita» en Inglaterra. Podemos suponernos la historia de este movimiento, por lo menos en sus rasgos esenciales, ya conocida, y no recordaremos aquí sino los principales. Tres pintores, Dante Gabriel Rosseti, Holman Hunt y Millais, formaron en 1848 una asociación que se llamó *Preraphaelitic Brotherhood* (Fraternidad preraphaelítica); ya formado el grupo, se juntaron á él los pintores F. G. Stephens y James Collinson así como el escultor Thomas Woolner. Expusieron en Londres, en la primavera de 1849, una serie de cuadros y de estatuas que llevaban todos, además de la firma del autor, la inscripción común P. R. B. El resultado fué aterrador; el público, al cual fanáticos histéricos no habían todavía impuesto tiránicamente la fe en la belleza de estas obras y que no estaba todavía bajo el imperio de la moda inventada por los *snoobs* estéticos, y que consiste en ver en la admiración hacia éstas una señal de distinción y de afiliación en un círculo estrecho y exclusivo de patricios del gusto, el público, decimos, fué á ellas sin prevención y las halló incomprensibles y grotescas; excitó su vista una risa inextinguible en las gentes de buen humor y cólera en los quisquillosos, que se incomodan cuando creen que se quieren burlar de ellos. La «Fraternidad» no renovó su tentativa; la exposición P. R. B. no se repitió; la asociación misma se rompió, y sus miembros no añadieron ya más á sus nombres las letras de alistamiento; no formaron ya una reunión cerrada

¹ El XIX.

en la cual se recibía á las gentes con todas las formalidades de rúbrica, sino tan sólo un círculo libre de amigos que tenían comunes tendencias, sin cesar transformado por continuas entradas y salidas. Así es como se juntaron á ellos Burne Jones y Madox Browne, á quienes se considera igualmente como prerrafaelitas, aunque no hayan pertenecido al P. R. B. primitivo. Más tarde la definición se extendió de los artistas á los poetas, y se cuentan entre los prerrafaelitas literarios, además de Dante Gabriel Rossetti, que no tardó en trocar el pincel por la pluma, á Algernon-Charles Swinburne y á William Morris.

¿Cuáles son las ideas—fuerzas y los objetivos del movimiento prerrafaelita? Un crítico anglo alemán de valía, Franz Hüffer, cree contestar á esta pregunta, al decir: «Quisiera llamar á este movimiento: el renacimiento del modo de sentimiento medioeval»¹. Aparte de que estas palabras nada significan, puesto que por «el modo de sentimiento medioeval» cada cual puede entender lo que le parezca, la alusión á la Edad Media señala solamente el fenómeno más exterior del prerrafaelismo y no toca para nada á su esencia íntima.

Es exacto que los prerrafaelitas revelan en la imagen ó en las palabras cierta predilección, por otra parte no exclusiva, por la Edad Media; pero la Edad Media de sus poemas y de sus cuadros no es la Edad Media de la historia; es una Edad Media fabulosa, una simple designación de lo que está colocado fuera del tiempo y del espacio, una época y un país de fantasía en los cuales se puede transportar cómodamente todas las figuras y acciones no reales. Que los prerrafaelitas atribuyan á su mundo extra-terrestre algunos rasgos que pueden recordar de lejos la Edad Media, que en dicho mundo evolucionen reinas y caballeros, doncellas que llevan coronas sobre sus cabe-

¹ *Poems by Dante-Gabriel Rossetti. With a memoir of the autor, by Franz Hüffer. Leipzig, 1873, pág. VIII.*

llos de oro y pajes con tocas de plumas, es cosa que se explica por los modelos que flotaban, inconscientemente acaso, ante el espíritu de los prerrafaelitas.

Los movimientos en arte y en literatura no surgen de repente ni por generación espontánea; tienen antepasados de los cuales descienden por una filiación natural. El prerrafaelismo es un nieto del romanticismo alemán y un hijo del romanticismo francés; pero en sus peregrinaciones á través del mundo, el romanticismo, bajo la influencia de las disposiciones variables de las épocas y la del carácter particular de los diferentes pueblos, ha sufrido alteraciones tales, que apenas si un ligero aspecto de familia recuerda al antepasado alemán en el retoño inglés.

El romanticismo alemán era en su principio una reacción contra el espíritu de los enciclopedistas franceses que habían dominado sin disputa en el siglo XVIII. Sus críticas de los viejos errores, sus nuevos sistemas, que querían explicar los enigmas del mundo y de la naturaleza humana, habían al principio seducido y casi embriagado. No podían sin embargo satisfacer de un modo duradero, puesto que cometían en dos direcciones un error de bulto; interpretaban el mundo fenomenal con un conocimiento insuficiente de los hechos y consideraban al hombre como un ser razonable; orgullosos de su pensar rigurosamente lógico, matemático, no veían que era un método de conocimiento, pero no el conocimiento mismo. El aparato lógico es una máquina que puede elaborar no más que la materia que en él se ha puesto; si no se alimenta la máquina, gira ésta en el vacío, hace ruido, pero no produce nada. El estado de la ciencia en el siglo XVIII no permitía á los enciclopedistas poner útilmente en actividad su aparato lógico; pero no lo advirtieron y construyeron, inconscientemente temerarios, con ayuda de sus débiles medios, un sistema que dieron con satisfacción como siendo la fiel imagen del universo. No tardó naturalmente en descubrirse que los enciclopedistas, tan ufanos de su ra-

zón, se engañaban, ellos y sus discípulos; se descubrieron hechos que contradecían sus explicaciones prematuras y hubo toda una serie de fenómenos que el sistema no tenía en cuenta para nada, que no alcanzaba á cubrir como ocurre con un manto demasiado corto y que burlescamente asomaban por todos los bordes. Entonces se maltrató á puntapiés la filosofía de los enciclopedistas y se cometió con respecto á ella la falta que ella misma había cometido: se confundió el método de la crítica racional con los resultados que había producido entre las manos de los enciclopedistas. Porque éstos, con insuficiente conocimiento de los hechos, daban de la naturaleza una explicación falsa y arbitraria, los sedientos de saber exclamaron, desengañados, que la crítica racional era en sí misma un falso método, que el pensamiento lógico no conducía á nada, que las explicaciones de la filosofía de emancipación eran tan indemostradas é indemostrables como las de la religión y de la metafísica, que eran tan sólo menos bellas, más frías y más estrechas; y las gentes se precipitaron con fervor en todas las profundidades de la fe y de la superstición, en donde, sin duda alguna, no crecía el árbol de la ciencia, pero en donde hermosos mirajes cautivaban la vista y en donde murmuraban las fuentes perfumadas y calientes de todas las emociones.

Y aún más que el error de su filosofía, fué nefasta la falsa psicología de los enciclopedistas. Creyeron que los pensamientos y las acciones del hombre están determinados por la razón, por las leyes de la lógica, y no sospecharon de ningún modo que la verdadera fuerza motora de sus ideas y de sus actos son las emociones, esas excitaciones elaboradas en las profundidades de los órganos interiores, cuyo origen se sustrae á la conciencia y que hacen de repente irrupción en ésta como una horda de salvajes, sin decir de dónde vienen, ni plegarse á ningún reglamento de policía del pensamiento civilizado, y exigen imperiosamente que se les dé alojamiento: todo el

vasto dominio de las necesidades orgánicas y de los instintos hereditarios que Eduardo de Hartmann llama «lo inconsciente», permaneció oculto á los racionalistas y no vieron sino el estrecho círculo de la vida psíquica que alumbra la pequeña lámpara de la conciencia. Una poesía que representaba al hombre según los modos de ver de esta psicología insuficiente, tenía que ser falsa hasta lo ridículo; no tenía sitio para las pasiones y las locuras; no veía en el mundo más que fórmulas lógicas andando en dos pies y ecuaciones matemáticas con la cabeza empolvada y con trajes bordados. El sentimiento natural se vengó de esta aberración artística, alzándose en rebeldía y no admitiendo más que lo inconsciente, el instinto hereditario y los apetitos orgánicos, sin más preocuparse de la razón ni de la voluntad, que sin embargo existen también.

El misticismo que se rebeló contra el empleo del método racionalista en la interpretación del mundo, el movimiento de asalto y de irrupción que se amotinó contra el mismo empleo con respecto á la vida psíquica del hombre, fueron la cosecha preparatoria del romanticismo, que no es sino la reunión y la exageración de estos dos movimientos de rebeldía. Que el romanticismo haya revestido la forma del entusiasmo por la Edad Media, no era sino el efecto de los sucesos y de la disposición de espíritu del tiempo, puesto que los comienzos del romanticismo coinciden con el rebajamiento más profundo de Alemania, y el dolor causado á los jóvenes talentos por la vergüenza de la dominación extranjera dió á todo el conjunto de sus ideas un colorido patriótico. En la Edad Media, Alemania había tenido un brillante período de fuerza y de florecimiento intelectual; aquellos siglos á la vez ilustrados por el poderío de los emperadores universales de la casa de Hohenstaufen, la magnificencia de la poesía amorosa de corte y la grandeza de las iglesias góticas, tenían necesariamente que atraer á los espíritus ansiosos de

salir violentamente y con repugnancia de un presente intelectualmente prosaico, políticamente humillante. Para sustraerse á Napoleón, se refugiaban en Federico Barroja, volviendo los ojos á Walther von der Vogelweide, se desquitaban de su horror hacia Voltaire. Los imitadores extranjeros de los románticos alemanes no saben que cuando hacen, en su huida de la realidad, una parada en la Edad Media, tienen como guía de viaje al patriotismo alemán.

El lado patriótico del romanticismo fué por lo demás solamente acentuado por los talentos más sanos de esta tendencia; en los otros, ésta se reveló con plena claridad como lo que es: una manifestación de la degeneración. Los hermanos Schlegel dieron, en su revista el *Atheneum*, este programa del romanticismo: «El comienzo de toda poesía es suspender de nuevo la marcha y las leyes de la razón pensante racionalmente y sumirnos otra vez en el hermoso extravío de la fantasía, en el caos primitivo de la naturaleza humana... El soberano gusto del poeta no soporta ninguna ley por encima de él». Este es exactamente el modo de pensar y de hablar del débil de espíritu, del imbécil que es incapaz de seguir con su actividad cerebral, observándolos y comprendiéndolos, los fenómenos del mundo, y que, con la satisfacción de sí mismo propia de los imbéciles, presenta su defecto como si fuera una cualidad, declara su pensar confuso, dominado por la asociación de ideas no refrenada, como el solo justo y recomendable y se ufana por aquello mismo de que se lamenta el hombre sano.

Al lado de la asociación de ideas desordenada, se observa también en la mayor parte de los románticos el compañero natural de esta debilidad cerebral, el misticismo. Lo que les sedujo, al pensar en la Edad Media, no fué la grandeza y el poderío del imperio alemán, la abundancia y la belleza de la vida alemana en aquellos tiempos, sino el catolicismo con su fe en los milagros y su

culto de los santos. «Nuestro servicio divino no es tal— escribe Enrique de Kleist—tan sólo se dirige á la razón; pero una fiesta católica se dirige á todos los sentidos». Incontestablemente, el simbolismo profundamente obscuro del catolicismo, la exterioridad toda de sus gestos hieráticos, de los misterios del altar, de la magnificencia de sus vestiduras sacerdotales, de sus objetos y obras de arte litúrgicos, de su subyugación de los sentidos por el trueno del órgano, las nubes del incienso y las custodias relucientes, todo esto excita más apercepciones nebulosas y confusas que el frío protestantismo. La conversión al catolicismo de los Federico Schlegel, Adam Müller, Zacarías Werner, el conde Stolberg, es sencillamente lógica, absolutamente como el lector que ha seguido nuestras explicaciones sobre la psicología del misticismo, comprenderá que en dichos románticos, una sensualidad con frecuencia llevada hasta el celo erótico acompaña á los transportes de devoción.

Una generación después que en Alemania apareció en Francia el romanticismo. Este retraso es fácil de explicar históricamente. En las tormentas de la Revolución y de las guerras napoleónicas los espíritus directores del pueblo francés no encontraron tiempo para replegarse en sí mismos; no tenían ocio bastante para examinar la filosofía de sus enciclopedistas, para encontrarla insuficiente, rechazarla y alzarse contra ella; gastaban toda su fuerza en las rudas y grandiosas hazañas musculares de la guerra, y no sentían apenas la necesidad de las emociones que procuran el arte y la poesía; esta necesidad estaba completamente satisfecha por las emociones infinitamente más fuertes del amor propio y de la desesperación excitadas por victorias gloriosas y por desastres de fin del mundo. Solamente en la época de sueño relativo que siguió á Waterloo, fué cuando las inclinaciones estéticas recobraron sus derechos, y las mismas causas produjeron entonces los mismos resultados que en Alemania; la juventud de talen-